

## III.

La Alemania no tenía ni opinión pública ni Parlamento; fraccionada en una multitud de pequeños Estados, sin vínculos, sin espíritu general, estaba á merced de sus pequeños príncipes, y éstos no conocían más política que la de sus pequeños intereses. Fué necesario el abuso de la fuerza, de que se hizo culpable Luis XIV, para mover al emperador y á los príncipes del imperio. Los generales de Luis XIV se portaban en Alemania como si su rey hubiera sido dueño y señor; no respetaban ninguna neutralidad, forzaban los pasos por donde les convenía, imponían contribuciones. Luis XIV trataba ya á los electores como vasallos. Habiéndose atrevido el obispo de Tréveris á abrazar el partido del emperador, el rey de Francia se apoderó de su capital, y devastó su electorado (1). ¿Cómo aquellos excesos no provocaron más pronto una coalición de todos los príncipes? A unos los contenía el temor y otros preferían los subsidios á su dignidad y á su independencia. El elector de Brandeburgo fué el primero que pensó en arrastrar al emperador y al Imperio á una gran liga contra Luis XIV. Se le debe agradecer su valerosa iniciativa; pero, para ser justos, hay que añadir que Federico Guillermo se inspiraba mucho más en el interés dinástico que en la causa de la patria alemana. Habiéndose declarado la Suecia en favor de la Francia, el elector se aprovechó de aquella falta para arrancarle la Pomerania, aquella antigua herencia de sus antepasados que la paz de Westfalia había dado á los Suecos como precio de la victoria. Federico Guillermo deseaba la Pomerania mucho más que la independencia de la Alemania; en diferentes ocasiones hizo ofrecimientos á Luis XIV para conservarla. Le hizo presente que su casa era un antiguo aliado de la Francia; que podría serle muy útil en el imperio, y que si se le cedía la Pomerania, sería un aliado tan fiel como la Suecia (2). Luis XIV no aceptó las ofer-

(1) RANKE, *Französische Geschichte*, t. III, p. 407.(2) PUFFENDORF, *de rebus gestis, Friderici Wilhelmi*, XVI, 31, 76, 77.

tas del elector. Este, abandonado por el emperador, abandonado hasta por las Provincias Unidas, á quienes había salvado de la ruina, se vió obligado á celebrar la paz y á ceder las conquistas que había hecho á los Suecos. Guardó rencor á sus aliados, y volvió al lado de la Francia.

La volubilidad del gran elector, que había iniciado la liga contra Luis XIV, prueba que aquella primera coalición no tenía bases muy sólidas. Le faltaba el alma que mantiene unidos los elementos diversos y á veces hostiles. Las Provincias Unidas no tenían ni el poder ni el prestigio necesario. La Inglaterra tenía á su frente una familia enemiga de su libertad y de su religión, y por consiguiente, aliada necesariamente de Luis XIV, aún cuando se coaligaba contra él. La Alemania se encontraba dividida y débil. Luis XIV, vencedor de la coalición, dictó las condiciones de la paz de Nimega.

## § IV.—La grande alianza.

La primera coalición, aunque vencida, hubiera debido aconsejar la moderación á Luis XIV. Era como el ruido del trueno que precede á la tempestad. La Europa, aunque muy dividida, daba á entender que no estaba dispuesta á sufrir el yugo de la Francia. Pero la ambición y el egoísmo son ciegos. Después de la paz de Nimega fué cuando Luis XIV, entregándose por completo á sus deseos de invasión, cometió verdaderas piraterías bajo forma de justicia. En su confiada presunción, no trató mejor á sus amigos que á sus enemigos; procedía como dueño de la Europa, y lo era. Las Provincias Unidas estaban debilitadas por una larga guerra, que las había puesto al borde del abismo. El rey de Inglaterra, que siempre tenía necesidad de dinero, estaba á sueldo del único príncipe que podía dárselo. La España se hallaba reducida á la última extremidad; no le quedaba de su grandeza más que la arrogancia de una casa noble reducida á la miseria. Solamente la Alemania hubiera podido resistir; nunca fué provocada con más insolencia y nunca se mostró más débil y pusilánime.

Luis XIV despoja á la España en plena paz; despoja á los príncipes alemanes, y no se sabe dónde se detendrán sus invasiones. Reúnese la dieta. ¿Qué hace? A las violencias de Luis XIV opone largas deducciones para probar que eran una violacion del derecho. ¡Como si hubiera sido cuestion de derecho! ¡Como si Luis XIV hubiese estado dispuesto á detenerse ante argumentos jurídicos! A la fuerza era preciso oponer la fuerza. El emperador mismo, á pesar de su indolencia, exhortó á la dieta á armarse. Para entretener á la Alemania, el rey de Francia propuso reunir un congreso en Francfort. Tuvo buen cuidado de no enviar á él sus diputados, á fin de dar á sus *cámaras de reunion* tiempo de adelantar sus trabajos. Entre tanto los plenipotenciarios de los príncipes alemanes, incluso los del emperador, discutieron gravemente sobre el lugar que habia de señalarse á cada uno. El emperador recomendó á la asamblea que sostuviese cuidadosamente la preeminencia imperial, conjurando todas las dificultades que pudiera suscitar la embajada francesa. Luis XIV empleaba mejor sus ocios; en el momento mismo en que aparentaba negociar, insultó á la Alemania, arrebatándole, sin más razon que el derecho del más fuerte, una ciudad imperial, Estrasburgo, que le abria el paso del Rin y ponía el imperio á su disposicion. Reunióse el Congreso. Nueva discusion, de la mayor gravedad, sobre el título de *excelencia* que tomaban los diputados de los electores, sobre las visitas y sobre los asientos. Despues los Alemanes se opusieron á que los Franceses hiciesen uso de la lengua francesa en las negociaciones. El que inspiró tan valerosa resolucion creyó sin duda que habia salvado el imperio! Sin embargo, dice un historiador moderno, el latin no habia impedido el desmembramiento del sacro imperio romano, y no contuvo tampoco las usurpaciones de la Francia (1).

Habia cuestiones más importantes en las cuales podia ocuparse el patriotismo aleman. Miéntras el congreso deliberaba con todo el aparato de un ceremonial estúpido, Luis XIV ocupaba una ciudad tras de otra en los Países Bajos españoles. La Bélgica se encontraba hollada, desmembrada, por un vencedor insolente, y la

(1) MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. IX, p. 92 y sig.

España era incapaz de defenderla. No le quedaba más recurso que reclamar la intervencion de la Dieta. Sus enviados se presentaron en Ratisbona como miembros del círculo de Borgoña. La Dieta no los escuchó; los diputados belgas no cesan de quejarse, en sus informes, de la indiferencia, de la inercia, del egoismo y de la cobardía de los príncipes alemanes. Habia entre ellos algunos que decian que era preciso hacer la paz con Luis XIV, abandonando á su destino los Países Bajos españoles, es decir, dejando á merced de Luis XIV provincias que eran una valla para las Provincias Unidas, y para el imperio! En verdad, los diputados belgas tenian razon al decir que el espectáculo de la dieta hacia *daño al corazon!* (1). Los príncipes alemanes pensaban sin duda que al rey de España tocaba defender los Países Bajos contra la Francia, y que, si no podia hacerlo, ellos se lavaban las manos. Pero en esta situacion Luis XIV pone sitio á Luxemburgo. Ya aquí no era posible decir: «eso no va conmigo.» Tratábase de una ciudad alemana, de una fortaleza que es la llave de las provincias del Rin. El colegio de los príncipes decidió que era preciso apelar á las armas. Pero, parece increíble, en el colegio electoral hubo oposicion, y precisamente el elector de Maguncia y el elector palatino, los más amenazados por la ambicion francesa, sostuvieron que los Franceses habian sabido entrar en Alemania sin poseer á Luxemburgo, y que, por consiguiente, Luxemburgo importaba poco para la seguridad del imperio! (2).

Un príncipe hay, el que ménos podia esperarse encontrar entre los que hacian traicion á la causa de la patria alemana, el gran elector. Y, sin embargo, fué uno de los que demostraron más mala voluntad á los diputados belgas, uno de los que más insistieron para que se aceptaran sin vacilar las proposiciones de Luis XIV. ¿Cómo es que el gran patriota se hace partidario de la Francia?

En una nota dirigida á los estados generales defendió una política poco digna del nombre que lleva. «La esperanza, dice, que pudiera tenerse de recobrar los países que la Francia se ha incorporado despues de la paz, ¿equivaldria á los perjuicios indudables

(1) LEVAGE, *Negociaciones de la Tregua de veinte años*, p. 59 y 100.

(2) IDEM, *ibid.*, p. 233.

y á los riesgos que se correrian de sufrir mayores pérdidas, comprometiendo á la Europa en una guerra, é inundando en sangre la cristiandad?» Estas razones son buenas para los cobardes. Esta es la política del miedo, la cual tenía demasiado eco en los consejos de Francfort. El elector de Maguncia, usando un lenguaje que estaba á la altura de sus sentimientos, decia que más valia conservar medio pan que perderlo por completo (1). ¡Estos eran los príncipes del imperio! ¡Semejantes al populacho de Roma, no pedían más que pan! La ambicion del elector de Brandeburgo era más elevada, pero igualmente culpable. Pensaba, dice uno de sus admiradores, en engrandecer su casa á costa del imperio, en la prevision de que la Alemania sucumbiria bajo el poder de Luis XIV. ¡Hé aquí el patriotismo de los príncipes! Es un patriotismo á la manera de los grandes propietarios, que procuran extender sus haciendas y redondearlas. Todos los medios son buenos para los príncipes. El gran elector negociaba con Luis XIV; hubo un tratado entre el patriota aleman y el enemigo del imperio. Ignóranse la fecha y las cláusulas de aquel tratado; estando firmado por Luis XIV, no podia proponerse en él más que el engrandecimiento de la Francia y la humillacion de la Alemania (2). En vano los historiadores alemanes tratan de excusar á su héroe; es muy cierto que tenía motivos de queja del emperador; tambien es cierto que el imperio se hallaba en un deplorable estado de debilidad. Pero, cuando la patria es débil, ¿es ésta una razon para hacer causa comun con su enemigo mortal? Más exacto es confesar con Federico II, que el gran elector varió con frecuencia en sus alianzas: « Los príncipes, dice, que tienen pocas fuerzas, faltan á sus compromisos, porque se ven obligados á ceder á las circunstancias.» Enhorabuena; ésta es la política del interes; pero semejante política no engendra la grandeza.

Luis XIV ofreció al imperio una tregua de treinta años, como una gracia que el vencedor concede al vencido. Al mismo tiempo

(1) LEVÆE, *Negociaciones*, p. 100 y 111.

(2) STENZEL, *Geschichte des preussischen Staats*, t. II, p. 413 y 414, nota 1. RANKE (*französische Geschichte*, t. III, p. 461 y sig.), dice que Luis XIV prometió al elector su apoyo para sus pretensiones sobre la Silesia y en contra de la Suecia.

insultaba al jefe del imperio: « No comprendia, decia, como, estando el Austria invadida por los Turcos, cuando los infieles estaban á las puertas de Viena, y el emperador contaba con tan pocas fuerzas para proteger sus Estados y defenderlos, queria poner nuevamente en cuestion lo que ya habia sido decidido en Nimega y en Munster. En lugar de encender una nueva guerra en Alemania, ¿por qué no trataba de rechazar á los enemigos de la cristiandad?» Luis XIV tuvo á bien reducir la tregua á veinte años, pero fijó un plazo fatal á la Dieta para aceptarla; si no estaba firmada para el 15 de Agosto, el mariscal Schomberg tenía orden de pasar el Rhin. El 15 de Agosto á media noche se firmó el tratado. A la vez que imponia al imperio una tregua que era la vergüenza de la Alemania, á la vez que le arrancaba la aprobacion temporal de sus piraterias, Luis XIV decia en el preámbulo del tratado «que le animaba un deseo constante de conservar la paz entre los príncipes cristianos, considerando los males y peligros de la cristiandad!»

Luis XIV habia despojado al imperio en plena paz, habia ultrajado á sus príncipes, citándolos ante sus cámaras de reunion, y los seguia insultando, burlándose de su debilidad; sin embargo, el imperio pasó por las horcas caudinas del ultraje y de la ignominia. La Dieta aceptó la tregua, y para colmo de humillacion, el único de los príncipes que habia mostrado alguna independendencia, el gran elector, firmó un acta de garantia de aquel vergonzoso tratado. En él se leen estas palabras, que deshonoran: « que el elector se ha prestado á ello con tanto más gusto, cuanto que siempre ha contribuido con su cuidado y con todo lo que ha podido depender de él al arreglo de un asunto de tan gran importancia» (1). En vano los historiadores alemanes invocan la invasion de los Turcos y las amenazas de Luis XIV para excusar al emperador y á los príncipes del imperio (2). Cuando el débil está en su derecho, resiste, aunque esté seguro de sucumbir. Génova demostró más valor que el sacro imperio romano.

(1) DUMONT, *Cuerpo diplomático*, t. VII, 2, p. 85.

(2) RANKE, *französische Geschichte*, t. III, p. 467 y sig.